

A decorative border composed of interlocking geometric shapes, primarily octagons and hexagons, in white, yellow, and blue lines, framing the central text.

Myriam Moscona
y Jacobo Sefamí

Por mi boka

Textos de la diáspora
sefardí en ladino

[y versiones en español contemporáneo]

Lumen

MYRIAM MOSCONA Y JACOBO SEFAMÍ

Selección, prólogos y notas

POR MI BOKA

Textos de la diáspora sefardí en ladino
(y versiones en español contemporáneo)

BIBLIA DE FERRARA ⇨ MEAM LOEZ ⇨ CLARISSE NICOÏDSKI
JUAN GELMAN ⇨ MARCEL COHEN ⇨ DENISE LEÓN

Traducciones al ladino
DON QUIJOTE DE LA MANCHA (capítulo 1)
MARTÍN FIERRO (canto I)

Lumen

La muerte avla por mi boka... A verda dezir, ya sto muerto yo.

MARCEL COHEN

Recogió un puñado de arena y dijo el nómada: "He aquí mi vida"; luego, con la otra mano repitió el mismo gesto: "Y he aquí mi muerte. Todo lo demás es espejismo".

EDMOND JABÈS

Tu palabra es una lámpara a mis pies y lumbrera a mi camino.

SALMOS 119, 105

Puerto de entrada

No hay ninguna lengua pequeña.
Algunas lenguas del desierto del
Kalahari tienen más matices sobre
el concepto de futuro, del subjun-
tivo, que aquellos de los que dis-
ponía Aristóteles.

GEORGE STEINER

La desaparición de una lengua

Contemos otra vez la historia. Volvamos a trepar por los andamios de Babel para asumir que en la dispersión de lenguas radica una de las grandes herencias de la civilización. Separemos las piezas para rearmarlas y observar que en cada fragmento hay un universo irrepetible. Así como las aguas sublimadas transitan del estado sólido del hielo al vapor sin pasar por otro medio, hay lenguas que se evaporan, desaparecen ante nuestro asombro con menor claridad que los fenómenos físicos. Si éstos nos resultan misteriosos, son más comprensibles que ciertos rasgos de la estupidez humana. ¿O cómo debe llamarse a la voluntad de unificar las lenguas? La historia se halla plagada de ejemplos. La muerte de una lengua es la desaparición del tiempo, la abstracción contenida en un espacio capaz de plegar al universo para potenciarlo en un punto, en un lugar. La lengua también es un lugar, aunque su espacio es inasible. Cuando se debilita un idioma, cuando va a morir, no sólo perdemos sus palabras. Este fenómeno da mucho que pensar en América Latina, donde tantas lenguas se cubren de ceniza.

Lengua y dispersión

Es bien sabido que en la vieja España vivieron diversas comunidades. Una buena parte de su legado perfila el rostro actual de la península que no sólo permanece vivo, también lo hace flexible y le da una buena dosis de carácter a los rasgos de su identidad. La Alhambra, Toledo o las jude-rías trenzadas en la vida contemporánea no serían el lugar de emblema y referencia sin el trabajo y el dolor de moros y judíos de la nación que los obligó a abandonar sus casas. *Amamos la Espanya mizmo si ella no mos kere, konozemos sus kantikas, sus komidas, el güesmo de sus flores*. Nadie se siente agradecido por esa separación. Sin embargo, de esa grieta nace la sustancia de este trabajo.

El ladino o judeoespañol ha permanecido vivo y ha cohesionado con su habla a miles de hombres y mujeres de diversas generaciones, como si las palabras fueran esos labios que nunca lograrán desdibujarse de sus mentes. *Si yo me olvidare me kaminariyan guzanos en el burako de los ojos*: con esto, la señora Natalí Benrey, de Estambul, expresa su unión a los *biervos*, las “palabras”.

En 1606 se publicó en Barcelona la *Historia pontifical* de Gonzalo de Illescas. Allí leemos:

En Salónica, Constantinopla, Alejandría y El Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia [los judíos] guardan y usan de buena gana nuestro idioma y no compran ni negocian en otra lengua que no sea nuestro español [...] Conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablan castellano, con ser bien mozos, tan bien o mejor que yo.

Poco más tarde (según lo recoge también Jesús Cantera en el prólogo al diccionario de Nehama, del que más adelante hablaremos) Bernardo de Alderete publicó *Varias antigüedades de África, Asia y otras provincias* (1614): “En Italia, Salónica i África, los que fueron de España, hablan aún to-

davía el lenguaje que llevaron della i se reconoce que es de aquella edad, diferente del desta”.

Nada hay de extraño en que la comunidad judía española se haya llevado la lengua que hablaban en forma natural antes de la expulsión. La rareza consiste en haberla conservado de familia en familia a lo largo de quinientos años. Si a Gonzalo de Illescas y a Bernardo de Aldrete les sorprendió escucharlo cien años después de la expulsión, a principios del siglo xvii, ¿qué dirían ahora, en el siglo xxi, al oír en una esquina de Estambul, en un café de Plovdiv, en el muelle de Salónica, en el mercado de Esmirna, en alguna sinagoga de Atenas, a los últimos viejos que *ansina avlan*, aunque sólo lo hagan entre ellos? La antorcha ya no pasará encendida a la siguiente generación sino como un puñado de expresiones. Los hablantes se han quedado solos. Sus interlocutores han muerto. Marcel Cohen, en la entrañable carta que le escribe al pintor Antonio Saura y que recogemos en este trabajo, borda sobre este sentimiento con puntadas finas, con extrema lucidez.

De padre a hijo, de hijo a nieto, de nieto a bisnieto y luego a chozno: calculamos que veinticinco capas de esos tataranietos equivaldrían a los cinco siglos que separan el surgimiento del ladino del momento actual. En Grecia y en Holanda, en Bulgaria y en el resto de los Balcanes, en Italia, Portugal, Francia, Rumania, Turquía, Marruecos, Palestina: allí —en medio de lenguas distintas al español— el ladino, ese español arcaico, permaneció activo y unió, *komo un iliko de seda ke mos ata injuntos*, la vida que se había roto sin la pertenencia, física e íntima, a España, esa tierra prometida que los había expulsado y que nunca dejaron de soñar. Como si esas palabras fuesen una declaración para tocar con la voz aquello que sienten ya perdido. *Avlar muestra lingua no solo mos kayenta el korason, mos aze tornar al payis de nuestros efsuenyos*, dice en Salónica una mujer de ochenta y seis años, sobreviviente del exterminio.

Durante la larga y compleja dispersión, el castellano del siglo xv tuvo sus primeros contactos con las lenguas de las

distintas patrias por donde se estableció la comunidad judía proveniente de *Sefarad*, palabra hebrea que significa "España". Esa lengua se fue contagiando del turco, francés, hebreo, búlgaro, serbio, rumano, italiano, árabe, portugués. Sus giros poco a poco se impregnaron de esas hablas y cada vez con mayores variantes respecto del idioma original. Como una Babel adentro de otra, las variantes del ladino obedecen a las lenguas que se filtraron por los intersticios del español hasta formar híbridos, giros, invenciones, pequeñas células que se reprodujeron para favorecer nuevos mestizajes de palabras. Sus particularidades son irrepetibles. *Chikés* (infancia), *mansevés* (juventud), *aedado* (viejo).

El ladino es el nombre más común de cuantos se emplean para designar la lengua. Se le llama también lengua sefardí, *djudezmo*, *djudió*, *djidyó* (palabra también empleada para designar "judío"), *spanyoliko* o *spanyolit* y *yahudice* ("judío" en turco). Los hablantes naturales lo llaman "ladino", "judezmo" y, algunas veces, "judeoespañol", el término preferido por los académicos para referirse a la lengua de un modo neutral. En sus orígenes, el "ladino" correspondía a la repetida costumbre de los rabinos de traducir al español los textos bíblicos palabra por palabra, a modo de conservar la sintaxis hebrea por extraña que sonara en español. A esa labor se le llamaba *fazer en latino*. Con el tiempo el término se transformó en "ladino". Para algunos especialistas, "ladino" sólo debe aplicarse a la traducción palabra por palabra del hebreo al español de los textos sagrados, si bien los hablantes no obedecen las ortodoxias de especialistas.

Las palabras se hallan en constante evolución porque se desplazan, se impregnan de usos nuevos. Se ignoran detalles más eruditos para dar paso al empleo cotidiano y se gana terreno sobre otros criterios. Hoy en día es común llamar "ladino" a esa lengua que permanece como una capa oculta, abajo, en el envés del español contemporáneo.

Muy pocos idiomas en el mundo gozan del privilegio de conservar, como a través de una máquina del tiempo, los

giros lingüísticos de hace quinientos años. Éste es el momento de su desaparición. La antorcha encendida se apaga en las manos de los últimos hablantes. El tema suscita discrepancias, pues algunos piensan que la lengua no se perderá. Nosotros celebraríamos que así fuera, y sin embargo no somos optimistas al respecto. Las razones se vinculan con una realidad: ya no hay niños que la usen en su vida cotidiana. En nuestra opinión, lo que podría conservarse es una memoria y este libro quisiera sumarse a ese esfuerzo.

Traducir una lengua sin academia

“Las comunidades humanas y las personas están divididas por barreras lingüísticas, por una sordera mutua o una falta de entendimiento. Cada acto de traducir lleva aparejado un rasgo de esta catástrofe primaria”, escribe George Steiner. Nos acogemos a sus palabras para que nos acompañen a torcer el hilo y ayudarlo a atravesar el ojal minúsculo y ajustado de una tarea incierta y fascinante como la de traer al español contemporáneo textos del siglo XVIII. A diferencia de otras lenguas vivas y llenas de vigor, el ladino carece de un diccionario con criterios unificados. El más completo y confiable es el *Dictionnaire du judéo-espagnol*, volumen que tardó quince años en completarse. Su animador, Joseph Nehama, murió antes de verlo publicado. Este diccionario permite cruzar el puente de una lengua a otra, pero en un solo sentido. Es posible consultar el significado de una palabra (ladino-francés), pero no puede averiguarse cómo decir en ladino tal o cual palabra.

Renglón aparte merece el comentario de la multiplicidad de grafías consignadas y que cada comunidad toma por buena. Este caos normativo produce una libertad creativa complicada y estimulante que da lugar a la inventiva, al juego malabar con las palabras.

Versiones y digresiones

Si bien habrá a quienes les parezca extraño hablar de una “traducción” entre lenguas tan próximas, nos enfrentamos, en especial en la versión incluida en este trabajo del *Meam Loez* y del texto de Marcel Cohen, a varias dificultades. Algunos ejemplos: la palabra *mientes* no se consigna en el diccionario de Nehama. La frase del *Meam Loez* dice: *Me maravio muncho kuando paro mientes en el sol*. Tras investigar y tocar puertas entre algunos hablantes, llegamos a la siguiente frase: “Tanto me maravillo cuando pongo atención en el sol”. En otro fragmento se lee: *I lo fue afalagando kon avlas*. “Afalagar” sí figura en el diccionario de Nehama, que en sus primeras acepciones dice: “reconfortar”, “consolar”. Nuestra versión optó por: “Y lo trató de engañar con su labia”. Un ejemplo más, cuando en el original se emplean unas palabras de otras lenguas, en este caso del hebreo: *Para ke kon esto sea umilde i no tenga gava*. Nuestra decisión fue: “Para que el hombre sea humilde y sin soberbia”.

En el caso del texto narrativo de Marcel Cohen, con la presencia del turco, nos pareció estar frente a la solución de un crucigrama: *Se akodran del molo onde se ivan a rafraganearse kon un trespil en la mano*. En español contemporáneo optamos por: “Se acuerdan del muelle donde iban a relajarse con un collar de semillas en la mano”. Quizá lo más complicado en el texto de Cohen consistió en averiguar cuántos oficios pasaron al ladino plagados de giros turcos y a los que no en todas las regiones se les designa con las mismas palabras. Citamos el párrafo en el original:

Fuymos tambyen industriales (en Salonika izimos techidos d'algodon), tenekeydjis, peroukeros, kuyumdjis, kalseros, bankyeres, azirgis, dirigidores, eskigis, dyentistas, duckergis, eskrividores, faldgis, muzikantes de los sultanes, avokados, treslavadores, y siempre siempre empleados de la doana de ke avlavamos muchas linguas.

El lector notará muchas palabras fáciles de deducir y otras ajenas por completo al español:

Fuimos también industriales (en Salónica hicimos tejidos de algodón), hojalateros, peluqueros, orfebres, zapateros, banqueros, vendedores de ropa, dirigentes, comerciantes, dentistas, tapiceros, escritores, adivinos, músicos de los sultanes, abogados, traductores, y siempre, siempre empleados de la aduana porque hablábamos muchas lenguas.

Por otra parte, es necesario protegerse de los clásicos “falsos amigos” —*biervo* es “palabra”— y de otras confusiones que no resultan de una deducción inmediata. Si decimos *El jajamiko me yamava porke mas ke todo me plazya meldar livros*, nos parecerán incomprensibles las palabras *jajamiko* (estudioso) y *meldar* (leer), de modo que las líneas paralelas a veces se separan a tal grado que se convierten en terrenos intransitables.

Hablar, en cambio, del lenguaje empleado en la Biblia de Ferrara merecería un estudio aparte. Las palabras arcaicas parecen dar la vuelta en el tiempo. Como si escucháramos a un César Vallejo, a un Oliverio Girondo, creadores que diseñan nuevas arquitecturas de frases o palabras más allá de diccionarios, con libertad envidiable. Ejemplos: *abe-samientos; si fizierdes despertar el amor fasta que envolunte; tus ojos palominos; tus labrios; cuánto se aboniguaron tus querencias; cuánto se aformesiguaron; mi querido blanco y bermejo apendonado de millaria; tu sien de dentro a tu crencha; ¿quién ésta la catán como mañana?*

Nos complacería que el lector, más allá de su entendimiento puntual, transite por este español como por una pista de patinaje, deslizándose y avanzando sin preocupación. El significado de éstas y demás frases podrá despejarse en la traducción al español contemporáneo que acompaña estos fragmentos.

En el prólogo a su entrañable *dibaxu*, al referirse a estos giros, Juan Gelman habla “del tiempo que tiembla y que nos da pasado desde el Cid”. Deseamos que ese “tiempo

que tiembla" siembre en algún lector cierta curiosidad por lo más valioso de cualquier cultura: sus palabras, sus *bier-vos*, sus giros, su lenguaje y, con éstos, una visión del mundo irrepetible.

Myriam Moscona, septiembre de 2013

La otra diáspora

¿Cómo he de hallar reposo tras tu partida?

YEHUDAH HALEVÍ

Sefarad y Al Andalus

Símbolo de otredad, la palabra “sefardí” remite siempre al otro: para los judíos, el sefardí es el español o descendiente de españoles; para los que hablan español, el sefardí es el judío. Es esa condición de desplazamiento y movilidad, global y transfronteriza, híbrida y asistemática, la que se impone al pensar en la circunstancia del exilio sefardí.*

En el libro bíblico de Abdías (u Obadía) se menciona el nombre de *Sefarad*, sin ubicar propiamente una región; más tarde, con esa denominación se identifica el territorio que recibió el nombre de Ispania o Iberia. Si bien hoy en día en hebreo se usa *Sefarad* para referirse a España, el nombre posee una significación que excede lo geopolítico, tras adquirir connotaciones míticas y filosóficas.

Existe una amplia evidencia arqueológica de la presencia de los judíos en la Península Ibérica durante el Imperio Romano. En los primeros siglos de la era común el judaísmo se aceptaba y su participación en la sociedad era bien vista. La vida judía en la península se deterioró cuando aquel imperio se convirtió al cristianismo en el siglo IV. Durante los reinos visigodos el antisemitismo fue rampante: se veía a los judíos como una “pestilencia contagiosa” (rey Recesinto, 649-672) o se les designaba con la frase *Judaeorum pestis* (rey Ervigio, 680-687), por considerarlos portadores de enfermedades contagiosas como la lepra. De allí que la invasión musulmana de 711 se acogiera como una liberación.

Durante el periodo del califato omeya de Abderramán III (929-1031) se inició un florecimiento cultural de los judíos de gran envergadura, reconocido como una “edad dorada”. Hasdai ibn Shaprut (915-970), líder de la comunidad judía, fungió como una especie de ministro de relaciones exteriores, al promover la cultura, la ciencia y las artes, al tiempo que hacía de Córdoba, la capital del califato, una de las ciudades más importantes del mundo, conocida como centro de conocimiento y desarrollo urbanístico. A partir de la desintegración del califato, con la llegada de los almorávides (1086) y luego de los almohades (1147), enviados para reforzar las tropas musulmanas ante la reconquista cristiana, los judíos buscaron refugio en otras tierras, pues los nuevos grupos se mostraron más intolerantes y los obligaban a convertirse al islam bajo pena de muerte.

El esplendor de los pensadores judíos surgió tanto en la época de bonhomía del califato como durante la opresión posterior, es decir, entre los siglos x y xii. Rabinos, filósofos, médicos, arquitectos, poetas y músicos produjeron obras en los órdenes secular, científico y religioso. Aunque se trata de una larga lista, al menos hay que mencionar a Selomó ibn Gabirol (1021-1058), Moses ibn Ezra (1055-1138), Yehudah haLeví (1075-1141) y Maimónides (1135-1204). También resulta pertinente señalar que estos pensadores escribían en árabe, hebreo y romance —la deformación del latín hablado en la región de Castilla, que más tarde se convertiría en castellano—. Yehudah haLeví, por ejemplo, compuso poesía en hebreo, obras filosófico-religiosas como el *Kuzari*, en árabe, e incluyó jarchas en romance, las cuales aparecían al final de las composiciones poéticas árabes conocidas como moaxajas. Hoy en día se reconoce a las jarchas como las primeras muestras de literatura en castellano. Maimónides compuso en árabe la *Guía de los perplejos*, su gran obra rabínica, pero con letras en hebreo, en un tipo de escritura conocido como aljamiado.

Los reinos cristianos y la expulsión

Para el siglo XIII los judíos se habían desplazado a ciudades reconquistadas por cristianos, donde fueron bien recibidos. En Toledo y Girona se establecieron nuevos centros de cultura judía. El rey Alfonso X, el Sabio, invitó a judíos y musulmanes a traducir obras importantes del conocimiento al naciente castellano. Según algunos historiadores, los judíos contribuyeron a fijar y circular el idioma español, puesto que el latín estaba ligado al cristianismo que los perseguía. No obstante, en *Las siete partidas*, un código jurídico redactado para ese rey, se hace hincapié en que los judíos deben vivir en zonas separadas de los cristianos, además de que se reproducen acusaciones antisemitas. Por ejemplo, circulaba una según la cual los judíos secuestraban y mataban niños cristianos para usar su sangre en el ritual de la festividad de las pascuas. En Girona se desarrolló el estudio de la cábala, con rabinos notables como Najmánides. También apareció el *Sefer ha-Zohar* o *Libro del esplendor*, texto fundamental del misticismo judío compilado por Moses ben Leon en 1280, si bien la autoría y fechas de composición son aún materia de debate.

En la segunda mitad del siglo XVI comenzó otra ola antijudía propugnada por Ferrán Martínez con el apoyo popular, que derivó en una masacre de más de cuatro mil judíos en Sevilla, en 1391. Los pogromos se continuaron en otras ciudades como Córdoba, Toledo y Barcelona. Sin embargo, la consecuencia más importante de semejante violencia fue la conversión al catolicismo de miles de judíos: en *Los orígenes de la Inquisición*, el historiador Benzion Netanyahu estima que no es exagerado el cálculo de Isaac Abravanel, respecto a que hacia 1490 había más de seiscientos mil conversos en la península. Si bien la gran mayoría de aquellos conversos aceptaron la nueva fe, hubo un sector que siguió practicando su antigua religión en casa. Contra ellos se encumbró el Santo Oficio de la Inquisición, que los persiguió con actitud denodada. De hecho, Netanyahu señala que, pese a que los reyes aceptaban a los judíos en sus cargos, cedieron ante la presión de los altos funcionarios de la Inquisición, que apoyados en escasas evidencias acusaban a los judíos como ayudantes de herejes o judaizantes. La expulsión del 31 de marzo de 1492 fue una clara consecuencia de la maniobra inquisitorial, que

supo urdir sentimientos populares antijudíos y amedrentar a los reyes sobre las consecuencias de no actuar. Además, tras la conquista de Granada, en enero de ese año, la expulsión de los judíos constituyó otra forma de aumentar la admiración otorgada ya por el pueblo a sus monarcas.

Los judíos salieron de España el 1º de agosto de 1492, fecha en la que esta nueva diáspora coincidió con el nefasto 9 del mes de Av, cuando se conmemoran las dos anteriores destrucciones del templo de Jerusalén (en 586 antes de la era común y 70 de la era común). Aunque también habían sido expulsados de Inglaterra (1290), Francia (1306), Hungría (1349), Alemania (1349), Austria (1421) o Lituania (1445), se debe señalar que la población en España era muy numerosa —algunos calculan que 90 % de los judíos del mundo se concentraban en la Península Ibérica— y avanzada en conocimientos, desarrollo científico y cultural.

El impacto psicológico de la expulsión resultó devastador.

Literatura sefardí en la nueva diáspora

Como se sabe, la gran mayoría de los judíos emigraron hacia el Imperio Otomano, en los actuales territorios de Turquía, Grecia, Serbia, Croacia, Bosnia, Macedonia, Rumania, Bulgaria, Argelia, Túnez, Egipto, Israel, Líbano y Siria. Otros emigraron al norte de Marruecos (Tánger y Tetuán) y a ciudades de la Península Itálica (Nápoles, Roma, Ferrara y Venecia) y de los Países Bajos (en particular Ámsterdam).

El florecimiento anterior en Córdoba, Toledo y Girona se llevaría ahora a cabo en Salónica, Constantinopla y Esmirna. Poco a poco el español hablado y escrito por los judíos durante la diáspora se separaría de la norma evolutiva que rigió en la Península Ibérica y más tarde en América. Para mediados del siglo XVI aparecieron dos traducciones que documentarían los primeros indicios del judeoespañol: la Biblia de Ferrara, compuesta en letras latinas (1553), y el *Pentateuco* de Constantinopla, con letras hebreas (1548). Si bien con algunas excepciones, la amplísima producción en ladino se realizaría de esta última manera, es decir, con la escritura del hebreo.